



Friedrich Nietzsche | *La ciencia jovial* | 1882
(Valparaíso: Editorial UV. 2018. Traducción de José Jara García)

PARÁGRAFO 125: EL HOMBRE FRENÉTICO

¿No oísteis hablar de aquel hombre frenético que en la claridad del mediodía prendió una lámpara, corrió al mercado y gritaba sin cesar: “¡Busco a Dios, busco a Dios?” Puesto que allí estaban reunidos muchos que precisamente no creían en Dios, provocó una carcajada. “Es que se ha perdido”, dijo uno. “¿Se ha extraviado como un niño?”, dijo otro. “¿O es que se mantiene escondido? ¿Tiene temor de nosotros? ¿Se ha embarcado en un navío? ¿Ha emigrado?”. Así gritaban y reían confusamente. El hombre frenético saltó en medio de ellos y los traspasó con una mirada. “¿A dónde ha ido Dios?” gritó, “¡yo os lo voy a decir! ¡Nosotros lo hemos matado, vosotros y yo! ¡Todos nosotros somos sus asesinos! ¿Pero cómo hemos hecho esto? ¿Cómo fuimos capaces de beber el mar? ¿Quién nos dio la esponja para borrar el horizonte? ¿Qué hicimos cuando desencadenamos esta tierra de su sol? ¿Hacia dónde se mueve ahora? ¿Hacia dónde nos movemos nosotros? ¿Lejos de todos los soles? ¿No caemos continuamente? ¿Y hacia atrás, hacia los lados, hacia adelante, hacia todos lados? ¿Hay aún un arriba y un abajo? ¿No erramos como a través de una nada infinita? ¿No nos sofoca el espacio vacío? ¿No se ha vuelto todo más frío? ¿No llega continuamente la noche y más noche? ¿No habrán de ser encendidas lámparas a mediodía? ¿No escuchamos aún nada del ruido de sepultureros que entierran a Dios? ¿No olemos aún nada de la descomposición divina? También los dioses se descomponen. ¡Dios ha muerto! ¡Dios permanece muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado! ¿Cómo consolarnos los asesinos de todos los asesinos? Lo más sagrado y lo más poderoso que hasta ahora poseía el mundo, sangra bajo nuestros cuchillos. ¿Con qué agua podemos limpiarnos? ¿Qué fiestas expiatorias, qué juegos sagrados tendremos que inventar? ¿No es la grandeza de este hecho demasiado grande para nosotros? ¿No hemos de convertirnos nosotros mismos en dioses, solo para aparecer dignos ante ellos? ¡Nunca hubo un hecho más grande, y quien quiera nazca después de nosotros, pertenece por la voluntad de este hecho a una historia más alta que todas las historias habidas hasta ahora!”.

Aquí calló el hombre frenético y miró nuevamente a sus oyentes: también estos callaron y lo miraron extrañados. Finalmente lanzó él su lámpara al suelo, que saltó en pedazos y se apagó. “Llego muy temprano”, dijo luego, “todavía no estoy a tiempo. Este acontecimiento inaudito aún está en camino y peregrina, aún no se ha adentrado hasta los oídos de los hombres. El

rayo y el trueno necesitan tiempo, la luz de las estrellas necesita tiempo, los hechos necesitan tiempo, aún después de que han sido hechos, para ser vistos y escuchados. Este hecho les es todavía más lejano que la más lejana estrella, ¡y sin embargo, ellos mismo lo han hecho!".

Se cuenta que aquel mismo día el hombre frenético irrumpió en diferentes iglesias y entonó su *Réquiem aeternam deo* (Descanso eterno para Dios). Sacado de ellas e impelido a hablar, solo respondió una y otra vez. "¿Qué son aún estas iglesias, si no criptas y mausoleos de Dios?".

PARÁGRAFO 343: QUÉ ES LO QUE TRAE CONSIGO NUESTRA ALEGRÍA

El más grande y más nuevo acontecimiento, que "Dios ha muerto", que la creencia en el Dios se ha vuelto increíble, comienza ya a arrojar sombras sobre Europa. Por lo menos para los pocos cuyos ojos, cuyo *recelo* en los ojos es suficientemente fuerte y sutil para este espectáculo, les parece que acaba de ponerse el sol, que alguna vieja y profunda confianza se ha trastocado en duda: a ellos tiene que parecerles diariamente nuestro viejo mundo más vespertino, más desconfiado, más extraño, más "viejo". Pero en lo esencial cabe decir: el acontecimiento mismo es demasiado grande, demasiado lejano, demasiado al margen de la capacidad de comprensión de muchos, como para que tan siquiera pudiera decirse que su anuncio ya ha sido *percibido*; menos aún hablar, por tanto, de que muchos pudieran saber ya *qué* es lo que ha sucedido propiamente con ello, y todo cuanto tendrá que desmoronarse a partir de ahora, luego que se haya sepultado esta creencia, porque se había construido sobre ella, apoyado en ella, había crecido dentro de ella: por ejemplo, toda nuestra moral europea. Esta gran abundancia y serie de rupturas, destrucción, aniquilamiento, subversión de todo esto que tenemos ante nosotros: ¿Quién podría adivinar hoy lo suficiente de todo esto, de manera que se presente como el maestro y el que anuncia con anticipación esta terrible lógica de terror, como el profeta de un oscurecimiento y eclipse de sol, cual probablemente no ha habido todavía otro igual en la tierra?... Incluso nosotros, somos los descifradores de enigmas por nacimiento, que, por así decirlo, esperamos sobre las montañas, situados entre hoy y mañana, puestos en tensión dentro de la contradicción entre hoy y mañana, nosotros primerizos y nacidos prematuramente al siglo que se avecina, los que ya ahora *deberíamos* haber percibido propiamente las sombras que pronto habrán de envolver a Europa: ¿De qué depende que nosotros veamos aproximarse este oscurecimiento, sin que ni siquiera participemos realmente en él y, por sobre todo, sin cuidado ni temor para *nosotros*? Estamos tal vez todavía demasiado bajo la impresión de las *primeras consecuencias* de este acontecimiento, y estas primeras consecuencias, sus consecuencias para *nosotros*, a la inversa de lo que tal vez pudiera esperarse, no son en absoluto tristes ni oscurecedoras, sino más bien como una nueva y difícilmente descriptible especie de luz, felicidad, alivio, regocijo, realmente, aurora... De hecho, nosotros, filósofos y "espíritus libres", ante la noticia de que el "viejo Dios ha muerto", nos sentimos iluminados por una nueva aurora: ante eso nuestro corazón rebosa de agradecimiento, asombro, presentimiento, expectación, finalmente el horizonte se nos aparece libre de nuevo, aun cuando no esté despejado; finalmente podrán zarpar de nuevo nuestros barcos, zarpar hacia cualquier peligro, de nuevo se permite cualquier riesgo de los que conocen; el mar, *nuestro* mar, yace abierto allí de nuevo, tal vez nunca hubo antes un "mar tan abierto".